

“EN EL PERÚ ESTAMOS TODAVÍA PELEANDO CONTRA EL NEOLIBERALISMO”

ENTREVISTA A NICOLÁS LYNCH GAMERO

Por Agustín Lewit

219

Nicolás Lynch Gamero (Perú, 1954).

Exembajador de Perú en Argentina. Es doctor en Sociología por el New School for Social Research de New York. Fue ministro de Educación entre 2001 y 2002. Es director del portal Otra Mirada.

“Posneoliberalismo” es una palabra que toma cada vez más fuerza a la hora de nombrar este nuevo paisaje regional configurado a partir del surgimiento de estos nuevos gobiernos progresistas. ¿Le parece pertinente el concepto? Si es así, ¿en qué cree que estos procesos han roto efectivamente con las décadas neoliberales?

Primero habría que afirmar que es muy difícil imaginarse ese escenario posneoliberal desde el Perú, porque en el Perú lo que hemos tenido en los últimos 25 años –no solo quince o diez– es una férrea hegemonía neoliberal, en muchos casos una hegemonía neoliberal extrema, que ahora está entrando en crisis. Hemos tenido en los últimos meses un suceso que es el marcador de esta crisis, que es el rechazo del pueblo de Arequipa, específicamente en el Valle de Tambo, en el sur de Perú, de un megaproyecto minero a campo abierto



denominado Tía María. En el Perú estamos todavía peleando contra el neoliberalismo: tenemos un gobierno de extrema derecha, elegido como un posible gobierno progresista, que en el curso del primer año y medio de administración evolucionó a la extrema derecha.

220 Lo segundo es ver lo que ha sucedido en otros países desde la mirada peruana. Yo creo que en todos hay una dificultad de superación del rentismo producto de la extracción de materias primas, de estas economías organizadas en torno a la exportación de materias primas –puede ser minerales en el caso peruano, petróleo en el caso venezolano, granos en el caso argentino–; en cualquier caso, son todas economías organizadas con relación a esta renta que produce la exportación de materias primas, que algunos llaman de extractivismo, para caracterizarla como modelo. Es cierto que se hacen esfuerzos, con más resultados en países que tienen una tradición de desarrollo industrial, de producción de valor agregado, de empleo digno, “decente” como le llama la OIT, como es el caso argentino por ejemplo, en cierta medida Brasil, y con más dificultad en países que no tienen estos antecedentes, como es el caso de Ecuador, Bolivia y también, incluso, Venezuela, que era también un país que vivía prácticamente de la renta petrolera y que ahora le es muy difícil dar el tránsito hacia otra cosa, y lo vemos en esta coyuntura crítica que sufre por la baja del precio del petróleo.

Resumiendo, creo que lo que hay básicamente es un gran esfuerzo político que todavía no logra un nuevo patrón de crecimiento. Ya tenemos diez o quince años de experiencia en intentar un nuevo patrón de crecimiento y en el Perú eso es todavía un proyecto, aunque en otros países sea un intento por construir algo distinto todavía no plenamente estructurado.

Ahora, ese esfuerzo que usted reconoce en estos nuevos procesos políticos ha sido para usted insuficiente a la hora de trastocar los patrones de crecimiento. ¿Cuál es la principal razón de esa insuficiencia?

La correlación de fuerzas a escala planetaria. Estos patrones de crecimiento extractivos, de exportación de materias primas, basada en la extracción de minerales en el caso peruano y, repito, en la variedad de otros productos en otros casos, depende, pues, de la economía planetaria. De alguna manera, existe una coyuntura favorable a buscar algo distinto a partir de la crisis económica de los últimos cinco o seis años. Pero no es todavía el momento de un profundo cambio de correlación de fuerzas, pese a los intentos. Dentro de estos últimos, el caso de los Brics es el más interesante, pero también hay contraataques de la otra parte. El Perú, por ejemplo, se encuentra inmerso –absurdamente, creo yo– en el tema del Acuerdo Económico Transpacífico (TPP). Nosotros ya firmamos todos los tratados de Libre Comercio que nos podamos imaginar y ahora nos hemos metido en este proyecto impulsado y comandado por los Estados Unidos. Es a todas luces un tratado colonial, igual que los tratados de libre comercio, pero se vende como la posibilidad de hacer llegar nuestros productos al mundo, cuando lo que nos hacen firmar no es otra cosa que la sumisión al poder económico dominante. Son tratados que, en un 80 o un 90%, buscan que no cambien las reglas en materia económica del país. En resumen, yo creo que es la correlación de fuerzas la dificultad mayor.

221

Esa correlación de fuerzas –podemos imaginar– puede ser enfrentada desde ciertos organismos regionales que sumen y potencien la fuerza de los distintos esfuerzos políticos a los cuales



usted hacía referencia. La Unasur, por ejemplo, podría ser un paraguas de protección frente al capitalismo mundial. ¿Lo ve así?

222 Por supuesto. Además es la única alternativa sensata que tenemos para integrarnos con alguna ventaja al planeta. O sea, no podemos dejar de integrarnos a lo que sucede en el resto del mundo, pero hacerlo de manera unilateral es suicida y, lógicamente, la única alternativa racional son estos nuevos organismos autónomos o relativamente más autónomos de las grandes potencias y sobre todo los Estados Unidos. Usted ha mencionado Unasur, Mercosur, Celac, pero yo veo que hay como una cierta, no sé si llamarla, parálisis, pero por lo menos baja relativa de la velocidad de crecimiento de estos organismos, de legitimación de estos organismos en América del Sur y en América Latina. Siento que empezaron con triunfos, el caso de Unasur –por ejemplo– que jugó un papel protagónico al parar diversos golpes de Estado etc., pero que ahora está como aguantado. No sé si se debe a la indefinición de Brasil frente al surgimiento de los Brics, o frente a algunos ajustes en su posición en el mundo. Proyectos como el Banco del Sur, que yo consideraba que era muy importante, lo noto como muy estancado o quizás también las propias dificultades que atraviesan los procesos de giro progresista, como es el caso venezolano –el más notorio–, pero también el caso argentino con elecciones este año de resultado incierto.

En paralelo a estos nuevos organismos regionales autónomos, o que reclaman para sí un margen mayor de soberanía, ha surgido también en la región la Alianza del Pacífico. ¿Cree que es posible algún tipo de alianza o comunión entre los mismos o son procesos contradictorios?

La Alianza del Pacífico creo que es un proyecto alternativo lanzado por Estados Unidos para hacerle competencia

y eventualmente sacar de juego al Mercosur, la Unasur y la Celac. Yo creo que pensar otra cosa es ser un ingenuo, esa es la realidad. Estados Unidos no lo lanzó directamente: lo lanzó a través de uno de sus presidentes títeres, en este caso –desafortunadamente– un presidente peruano, Alan García, en el año 2008 o 2009.

Entonces la Alianza del Pacífico es eso: un proyecto de los gringos para ver si nos desmarcan con el tema de Unasur y la Celac. Yo no veo posibilidad de integración entre la Alianza del Pacífico y los otros organismos. Ha sido la bandera del gobierno de la señora Bachelet en Chile: que hay que integrar la Alianza del Pacífico con Unasur y Mercosur. Bueno, ya tiene un tiempo y no sé en qué cosa ha avanzado en esta integración. Hernando Muñoz, su canciller, era uno de los portavoces de este punto de vista, pero me parece que este punto de vista es una forma de no salirse de la Alianza del Pacífico y parecer simpático en Unasur, Mercosur, etc. No tiene ninguna viabilidad política ni económica, son dos proyectos diferentes. Hay tonteras que se han dicho como que uno es del Atlántico y el otro es del Pacífico: mentira, tienen bases y políticas alternativas. Uno intenta construir un bloque regional para integrarse al mundo y el otro lo que busca es sacralizar esta relación bilateral con los Estados Unidos que ha desarrollado cada uno de sus integrantes: México, Colombia, Chile y Perú. ¿Qué interés puede tener México en una integración con Perú? Ninguna, nuestro intercambio es mínimo. Igual el intercambio con los otros países de la Alianza del Pacífico. Lo que buscan es ser amigos de Estados Unidos.

Volviendo a los países inscritos en el eje posneoliberal, se habla de que una de las principales transformaciones compartidas por



los mismos es la recuperación de la centralidad del Estado. ¿Está de acuerdo con esto?

Sí, me parece que ese es uno de los propósitos centrales del giro progresista. Volver a poner al Estado en el centro de la escena. El rol histórico que ha cumplido el Estado en la construcción de América Latina en los últimos setenta u ochenta años ha sido muy importante, sobre todo en los gobiernos que han asumido algún compromiso de carácter nacional de forjarse como naciones, que no han sido todos en América Latina, por supuesto. Pero ahí está demostrado ya el rol positivo del Estado en los treinta, los setenta, los ochenta y que fue cortado por esta ola neoliberal. A falta de burguesías nacionales, creo que los Estados cumplen –y han cumplido– con el papel de afirmar la soberanía nacional y redistribuir los recursos. Queda aún el gran reto de la democratización. Los aparatos políticos, Estado y partidos, han estado muy amarrados a caudillos; la próxima etapa debe ser la del camino sin tanto caudillo mesiánico y con más participación popular. A mí me parece fundamental. A nosotros en Perú nos llegó tarde: recién con una dictadura militar nacionalista, como fue el caso del gobierno del general Velasco Alvarado, llegó tarde, en los años setenta. Pero en otros países, como Argentina, Brasil, Chile, que lo habían hecho ya desde los treinta o de los cuarenta.

Yendo a la coyuntura peruana, antes de su asunción Ollanta Humala se presentaba como un presidente progresista. Finalmente, eso parece que no ha ocurrido. ¿Cómo se explica el fracaso de esa promesa inicial?

Hasta ahora nos hacemos esa misma pregunta quienes lo apoyamos a Humala. Evidentemente nos traicionó, punto. Nos traicionó. Por qué razones, creo que por razones pedestres, las

más pedestres que se puede imaginar, ese es mi diagnóstico. El tipo quería el poder y lo demás no le importaba, lo ha demostrado en la práctica. Entonces, ha puesto –como llamamos acá– piloto automático, ha seguido con las políticas neoliberales y con los funcionarios de los anteriores gobiernos, ni siquiera ha cambiado de funcionarios: son los mismos, o sea, este es un gobierno que es una prolongación de los gobiernos de Alberto Fujimori, de Alejandro Toledo, de Alan García. Hay diferencias con Fujimori, por supuesto, ya no hay una dictadura sino que hay una democracia, con una limitación muy clara: aquí no se puede protestar, el que protesta es un delincuente. Se ha demostrado en las protestas contra el proyecto minero de Tía María en el sur, y bueno, esa es un poco la manera de cómo está manejando el país. El proyecto de Humala se ha reducido a un proyecto personal y familiar pero nada más.

225

En ese escenario sombrío, ¿hay espacio para que surja algún tipo de alternativa progresista en Perú?

Bueno, sí. El Perú, recuerde usted, tuvo en los años ochenta la coalición de izquierda –Izquierda Unida– más grande de América Latina, que ganó la Alcaldía en Lima y cientos de municipios en el interior del país. Desafortunadamente, la impronta terrorista de este grupo –Sendero Luminoso– por una parte, el fracaso del primer gobierno progresista de Alan García de los ochenta y la división de Izquierda Unida llevaron a la desaparición de esta alternativa. En este momento, frente a las elecciones de 2016, tenemos dos coaliciones de izquierda: una liderada por un grupo ambientalista, más bien hacia la extrema izquierda, que es Tierra y Libertad; y otro más bien de centroizquierda que se denomina Otra Democracia, donde están los dos partidos comunistas, el Partido Humanista, Organización Ciudadana por el Cambio, que lo que postula

es un programa directamente nacional popular, una necesidad de una nueva Constitución, de un patrón de crecimiento de asentamiento nacional y no colonial, el reconocimiento de derechos humanos universales, lo que sería un estilo de reformismo en otras partes, pero que aquí es señalado como un programa de extrema izquierda, si se quiere. ¿Hay alguna posibilidad de unir estos dos grupos? Sí, hay posibilidades. Hay hoy en día un proceso de la práctica convergente que ojalá que finalmente se realice.

226

Usted es director del portal Otra Mirada, ¿verdad?

Sí, Otra Mirada es una suerte de plataforma digital, como lo dice su nombre, que busca desarrollar una mirada alternativa al neoliberalismo.

Alternativa del neoliberalismo y alternativa también de la visión hegemónica que circula por los grandes medios de comunicación...

Nosotros tenemos, para darle un ejemplo, una prensa altísimamente concentrada. El grupo más importante –el grupo del diario *El Comercio*– tiene el 78% de los medios escritos en el Perú. Es propietario del 78% de los periódicos escritos y del 80% de la torta publicitaria. Por torta quiero decir el paquete publicitario en general –público y privado–; o sea, tiene una dictadura, si se quiere, a nivel de televisión y de prensa escrita. Entonces es muy raro que pueda escuchar a un comentarista de izquierda por televisión. Si alguna vez escucha a un comentarista de izquierda, tiene a tres o cuatro de derecha que le están burlando, que lo están tratando de marciano, extraterrestre. Ese es más o menos el nivel de la discusión. Y a nivel radial, quizá hay algunas voces disidentes, y a nivel de prensa escrita muy poco, quizá un solo periódico con una circulación

muy baja. Entonces, con base en esta concentración en los medios, es muy difícil dar oposición al neoliberalismo; la hegemonía no es solo política sino también ideológica, a pesar de que los resultados han sido desastrosos. Le doy una sola cifra: 25 años del ajuste neoliberal implantado en 1990 –terrible por lo demás– nos ha llevado a tener hoy, al 2015 (estadística del Ministerio de Trabajo), un 12% de la población económicamente activa dentro de la población con empleo de derechos. Lo que otros países lo tienen de desocupación, nosotros lo tenemos de ocupación. Según cifras del Ministerio de Trabajo, y estas son del año pasado (2014), tenemos 78% de trabajo informal, 67% de personas mayores de 70 años que no tienen ninguna pensión, y las que tienen pensión, tienen un promedio de 200 dólares de pensión, un sistema pensionario que en la práctica no existe, y que en buena medida un 60% está controlado por las denominadas AFP, que es una estafa organizada. Finalmente, en Argentina las abolieron, lo cual es muy positivo. Entonces, la situación es catastrófica; la situación en la que nos deja el neoliberalismo es catastrófica. Además, por supuesto, las cifras clínicas: se invirtieron en 10 años, entre 2003 y 2013, 56 mil millones de dólares y se han llevado 74 mil millones. “Nos vamos a desarrollar con base en la inversión privada”, dicen. Por supuesto, pero la inversión privada sin control viene, rentabiliza y se lleva más de lo que trae. Ha sucedido siempre en todas partes, no es ninguna novedad, pero acá nos siguen vendiendo el mito este, el cuento de que la inversión produce desarrollo, y no es cierto. Estamos en una situación de postración; claro, hay un mayor consumo de la clase alta y de la clase media, pero alcanza a un 6, 8% de la población, ese es el tema.



Para terminar, los últimos años han sido testigos de transformaciones a nivel geopolítico dentro del tablero mundial: nos aproximamos de a poco a un mundo multipolar, donde el poder empieza a dividirse en distintos centros. Dentro de ese escenario cambiante, ¿cómo ubica la región?, ¿cómo lee el papel de la región? y sobre todo, ¿cuáles son los desafíos a futuro?

Yo creo que nuestra única salida es retomar con energía el proceso de integración regional. Si eso no se produce, el futuro para América del Sur y para América Latina es un lío. A mí me parece que iniciativas como Unasur y Celac, de liderazgo político sudamericano y latinoamericano, son fundamentales para acelerar—por utilizar un término—, y el conjunto de los procesos de integración regional existentes en diversos organismos deben ser centralizados en torno a estas cabezas políticas, en torno a estos liderazgos políticos. Y si esto no sucede, bueno, la contraofensiva norteamericana seguirá en curso, porque hay contraofensiva norteamericana en curso. Pensemos en Venezuela, en Brasil, en Argentina con los fondos buitres. No sucede gratis: alguien lo está planificando, financiando, bancando. Y va a continuar avanzando. La única manera de parar esa contraofensiva norteamericana, y de las derechas locales, es impulsando el proceso de integración regional. Yo lo he dicho varias veces: nuestras democracias en América del Sur no tienen viabilidad en los confines internacionales. Podemos, eventualmente, una alternativa progresista ganar las elecciones, pero dicha alternativa necesita de la integración regional para desarrollarse, esto es inevitable. Además cuando se han producido retrocesos en la integración, cuando nos hemos peleado entre nosotros, han sido momentos en que no solo este imperio, sino los distintos imperios han avanzado. Entonces la visión histórica existe, hay que tomarla y ponerla en práctica.